

LUCHA DE HISTORIADORES

Por VICTORIA ARMESTO

Es muy difícil para nosotros, profanos, penetrar en la esencia de la gran polémica que hizo de dos grandes historiadores españoles de nuestro tiempo enemigos irreconciliables.

Sus tesis, que chocan y se entrecruzan a modo de espadas, han sido expuestas en dos gruesos volúmenes a la vez hermosos y enigmáticos. Dos libros editados en tierra extranjera, como en tierra extranjera han vivido también gran parte de su vida estos dos hombres patriotas y sabios. Don Claudio Sánchez Albornoz lleva 37 años lejos de su Avila natal, una lamentable circunstancia que no es posible olvidar, ya que pesa tanto sobre él como sobre todos nosotros.

Américo Castro, en su «España en su Historia, cristianos, moros y Judíos» (Buenos Aires 1948), señala la estrecha interdependencia entre las tres comunidades. Hacia cualquier lado que miremos los españoles descubriremos ora a los moros, ora a los judíos: el arcipreste de Hita será un mudejar adaptador de Ibn Hazm, la Inquisición se revela cual prueba de una feroz y exasperada desesperación judaica, nuestra vida anímica y familiar se configura en módulos y costumbres musulmanes. Hábito musulmán es, cuando una persona amiga elogio un objeto de valor, ofrecérselo, o poner a disposición del extraño la vivienda; el «está usted en su casa» nos viene directamente de la fórmula «Al bayt baytak» (los extranjeros se quedan estupefactos al oír que la casa les pertenece). Frases como las de «si Dios quiere», «a ver si quiere Dios que llueva», «hasta mañana si Dios quiere», «a la paz de Dios» revelan asimismo la estrecha interdependencia pues el Dios a que hacen alusión es Allah. Como «jalá» que viene de «wa-tá-lah», «quiera Dios».

Los ocho siglos de lucha —y de convivencia amistosa— han formado el carácter español, poniendo las almas en tensión de futuro, creando instituciones y mitos antisimétricos respecto al adversario. La dificultad del español para impersonalizar y objetivar —como enseñó a hacer el pensamiento griego y luego, de otro modo, ha hecho la ciencia moderna— le han incapacitado tanto para la ciencia —sin la irrupción de las «cosas» de fuera aún seguiríamos alumbrándonos con velas de cera y con teas— como para la convivencia pacífica. Cuando dos discrepantes ponen demasiada «persona» en la expresión, ¿les será posible alcanzar un estatuto de convivencia? Hay en el español una peligrosa proclividad hacia un totalismo de la acción.

De manera airada, y llevando la polémica a esa peligrosa proclividad personalista de que habla Castro, rechaza don Claudio Sánchez Albornoz las teorías de don Américo. A lo largo de su extraordinario libro «España, un enigma histórico» (Buenos Aires 1956), el gran historiador de Castilla nos explica que la tesis orientalista es falsa, que España fue siempre igual a sí misma, que los habitantes de Iberia eran españoles «avant la lettre» y que el carácter nacional estaba ya formado cuando hicieron acto de presencia los musulmanes; rechaza con igual energía toda la interpretación de carácter hebraico.

Al adentrarnos en las tesis de don Claudio Sánchez Albornoz nos hallamos en un terreno más familiar, más «nuestro», más confortable que el anterior. Su interpretación de España es la tradicional de los pensadores liberales, a quienes siempre les ha gustado recordar que, antes que los demás europeos, los países ibéricos habían inventado instituciones tan útiles como las del municipio y parlamento (siglos X y XII) y que de hecho se regían de un modo constitucional e incluso —para la época— democrático.

Ambos historiadores disienten también con igual pasión al enjuiciar el mito jacobeo y es bien curioso que tan antiguo mito siga despertando tanto interés. Don Américo Castro —siguiendo a los historiadores árabes y a ciertos escritores ingleses, como aquel curioso y divertido Richard Ford que visitó Compostela en el siglo pasado— señala que a la fe bélica de los musulmanes los cristianos peninsulares se vieron forzados a oponer otra fe semejante. Santiago será un anti-Mahoma y su santuario una anti-Kaaba. Pero, aparte de su conexión mística con el Islam, el mito jacobeo se nutre en las más puras esencias del paganismo. Apoyándose en las teorías del jesuita holandés Delehaye, don Américo Castro indica que, en sus orígenes, la religión de Cristo se mantuvo pura, rechazando todo cuanto hubiera podido oscurecer la noción del Dios único. Sin embargo, desbordada por las masas de los nuevos creyentes, la Iglesia tuvo que hacer concesiones frente a las ideas politeístas que no cesaban de fermentar. Al introducir el culto a los santos se abrió las compuertas a una corriente pagana. No hay diferencia esencial entre los santos de la Iglesia y los héroes del politeísmo griego.

Así el culto de Santiago reposa sobre cultos precristianos, confundiendo con las tradiciones dióscuras. Américo Castro admite y respalda con su gran prestigio la teoría, por primera vez expuesta por la inglesa Georgiana G. King en su libro de 1920, según la cual la fe jacobea se explica como una supervivencia del culto Dióscuro-greco-romano. El apóstol Santiago, jinete en su caballo blanco, no sería sino un trasunto individualista de la pareja Castor y Polux.

No se sabe a quién rechaza más airadamente Sánchez Albornoz, si a Mahoma o a los dióscuros. Según don Claudio, en España tuvo muy poca difusión el culto a los hijos de Júpiter y no hay indicios de que Castor y Polux hayan sido nunca venerados en Galicia. La tesis castriesta queda muy quebrantada al señalar Sánchez Albornoz que, entre la iniciación del culto jacobeo y el Santiago celestial interviniendo en los combates, media una diferencia de tres siglos.

Las recientes excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago de Compostela revelan que ya allí fue venerado un gran personaje antes de producirse la invasión musulmana. ¿Quién era este personaje? pregunta don Claudio. ¿Era Santiago? Pudiera serlo. Nada hay en contra de la «mágica traslación» desde Jafa a Iria Flavia, pues en la Historia han ocurrido muchos sucesos no menos ilógicos e inverosímiles. Pudiera también no ser Santiago. En este caso el rival más serio del Apóstol sería, naturalmente, aquel gran maestro Prisciliano, el tan querido hereje del siglo IV decapitado en Tréveris.

Por lo que se refiere al nacimiento de la hipótesis leyenda, Sánchez Albornoz lo explica como fruto de una asidua lectura del Apocalipsis de San Juan donde aparece el Verbo Divino como celestial jinete montado en un alba caballo.

En su interpretación del mito jacobeo, Sánchez Albornoz se sitúa más cerca de las tradiciones y creencias gallegas.

Todas estas cuestiones parecen en cierto modo tan ajenas... Incluso nos parece extraño que

los dos historiadores hayan podido discrepar acrememente acerca de la esencia del «milagro» (don Claudio es un católico practicante y cree en la intervención del Altísimo «en esta pobre vida terrenal»), pero todo ello rezuma tanta pasión que nos vemos también nosotros inmersos en la disputa. Acaso no se recuerda nada semejante en España desde que, en el siglo XVII, Quevedo comenzó a disputar con los carmelitas descalzos acerca del patronato de España que los segundos reclamaban para Santa Teresa. Como principal mérito de la santa adjudican sus partidarios que Felipe II hubiera permanecido en el Purgatorio sabe Dios cuánto tiempo de no sacarlo de allí la santa de Avila al octavo día.

Quevedo, que tal vez en razón de sus problemas maritales era misógino, defendía la candidatura de Santiago. En la polémica intervinieron varios reyes y papas, y la cuestión del copatronato todavía fue discutida por las Cortes de Cádiz en 1812.

Quizá no hay guerras más violentas que las de los teólogos, historiadores y prehistoriadores. Recordemos a Calvino preparando la leña verde para que en ella ardiera su rival el pobre español Miguel Servet. En una narración corta de gran belleza, «Los teólogos», que forma parte de su libro «El Aleph», Borges nos ofrece

una versión de la rivalidad dogmática llevada a extremos de infinita crueldad. Buñuel ha ofrecido una visión de esta misma lucha en la imagen de los dos jesuitas combatientes en su película «El camino de Santiago».

«Guerra de bandos de resonancia medieval entre Castros y Albornoces», ha definido acertadamente Dionisio Ridruejo.

Se trata en definitiva de una polémica trágica y no solo porque uno de los adversarios, el profesor don Américo Castro, haya muerto sino porque en ella se ha visto ahora envuelto uno de los intelectuales españoles de mayor valía, el profesor don Pedro Laín Entralgo. En 1971 Laín publicó su libro «A qué llamamos España» y, aparte de su devoción castriesta, no se ve qué pudo haber encontrado Sánchez Albornoz de reprochable en este libro tan inteligente como honesto y moderado. Nada hay en él que un liberal pueda reprochar o desaconsejar, y su concepto de lo que debe ser España —como convivencia y cooperación armónica de un conjunto de modos de vivir y pensar, cuál comunidad de grupos humanamente diversos en curso— sea realidad satisfactoria la libertad civil, la justicia social y la eficacia técnica es en todos los aspectos deseable y admirable.

Al enjuiciar el problema regional —frente al que Sánchez Albornoz se ha mostrado en ocasi-

nes desatinado— Laín Entralgo acierta con penetración psicológica. Las inquietudes vascas, gallegas y catalanas encuentran en él un eco amistoso.

La no respuesta a una carta en donde le señalaba los posibles defectos del libro, unido a un par de trabajos de Laín laudatorios para su antiguo rival, han producido la desafortunada y sonada carta de don Claudio Sánchez Albornoz a Pedro Laín Entralgo y la comedida respuesta del segundo, también publicada, como la primera, en el «ABC».

Es así como ni siquiera la muerte de uno de los rivales señala el fin de la polémica en donde se ven ahora aludidos e injuriados los seguidores y discípulos del fallecido.

Esta lucha histórico-político-teológica salta a las páginas de los periódicos nacionales en un momento bien inoportuno. Con su áspero lenguaje y al denunciar a una de las personalidades españolas que de antiguo se han distinguido por su moderación y que representa la línea aperturista y pluralista dentro del sistema, Sánchez Albornoz (no es posible olvidar su significación política) parece dar fuerza y alas a los sectarios españoles de la ultraderecha, que, en realidad, no necesitan de mucho aliento para mostrarse intratables.

En disculpa de don Claudio cumple señalar una vez más el peso cruel de esos 37 años de exilio. Seguramente no hubiera escrito la misma carta si, en vez de Buenos Aires, la firmase en Avila.

Por su parte, don Pedro Laín Entralgo no necesita defensa. Su propia obra y la gentileza de su persona le defienden y le avalan.



PORTUGAL

ALVARO Cunqueiro escribe en «Destino» sobre Portugal algunas de las cosas más sensatas que estos días he leído sobre los avatares últimos del entrañable país vecino.

Cuenta Cunqueiro que saliendo al paso de un amigo lusitano empeñado en creer que Portugal es un país enfermo que sólo puede sanar con la aventura y la gloria, pensó:

«... no me atreví a decirle que esa penicilina ya no se usa, y que un país bien gobernado es aquel que vive en paz, libertad y justicia los trabajos cotidianos, y en lo que tocaba a otra parte de su discurso, que se equivocaba él, como se equivocaba el ex ministro Franco Nogueira —uno de los más activos antiespañoles portugueses— creyendo a España atenta en las fronteras afilando cuchillos para marchar contra un Portugal sin ultramar y decaído. Una cosa muy difícil es explicarle a los portugueses qué es un país pequeño. No saben verse así: Si Spinola y sus colegas no logran apartar la mente portuguesa del sueño de las grandezas pasadas, el «golpe» habrá sido inútil. La tarea es bien ardua. Aparte de que de entrada habrá que despertar a los portugueses de la que llaman siesta de las tres efes: Fátima, Fútbol y Fado».

AMOR Y PRECIOS

LOS precios, ya saben lo qué pasa con los precios.

Un comentarista, bastante ingenioso él, reivindica el contenido de una frase últimamente muy insistida en su acepción sentimental como expresión del amor —va grabada en una medalla comercialmente extendida— para aplicarla, con toda propiedad, a los precios.

La frase ya la conocen:

«Siempre más que ayer y menos que mañana».

Y es que en materia de precios sí que puede asegurarse que cualquier tiempo pasado fue mejor.

RECTIFICACION

SIEMPRE he tenido un enorme respeto por todos los derechos. Incluso el derecho de cada cual a equivocarse. El derecho de poder «meter la pata», si uno es lo suficientemente sagaz para darse cuenta, a su tiempo, de que la ha metido y se apresura a sacarla.

Tal es el caso de doña Carmen Llorca, la nueva Presidente del Ateneo madrileño, cuando dijo aquella genialidad tan comentada de que no creía en las literaturas regionales, que era tanto como si yo dijera que no creo en las fresas con nata o en la liquidez bancaria.

La cosa sentó mal, sobre todo a los niveles regionales en los que vaya si hay una literatura propia, tal como Cataluña, Galicia o Mallorca.

La rectificación de doña Carmen Llorca se ha producido por la vía de los hechos, de la actuación inmediata. Es decir, creando en ese Ateneo que ella preside un Aula de Literatura Gallega y nombrando para la misma a una personalidad tan significativa en importancias como es el poeta Celso Emilio Ferreiro.

Doña Carmen Llorca puede ahora jugar a gallega diciendo que ella no cree en las literaturas regionales, aunque habérlas, ya lo creo que las hay.

REQUIEM CAETANISTA

EL señor Suevos escribe en «Arriba» un largo artículo sobre Portugal.

Ya pueden imaginarse lo que dice, porque el señor Suevos no es partidario.

Cualquier portugués que lea el artículo en cuestión, no tendrá más remedio que vestirse de luto al escuchar las reflexiones del señor Suevos.

Lo que pasa es que la mayor parte de los portugueses ya andaban de luto antes de que el señor Suevos dijera lo que no podía por menos que decir.

Al señor Suevos no es que se le haya parado el reloj.

Es que lo tiene, pero de arena.